

De la novela

A LA ATENCIÓN DE: Sr. D. Daniel Moyano Dellini - Madrid.

ASUNTO: TRES GOLPES DE TIMBAL / ALTEA, TAURUS, ALFAGUARA, S.A.

FECHA: 12 de diciembre de 1988.

Estimado Sr. Moyano:

Adjunto me complace remitirle los tres ejemplares del contrato de referencia, ya firmados por el editor, con el ruego de que tenga la amabilidad de devolvernos dos, debidamente contrafirmados.

Con referencia a su carta del 24 de noviembre, cúpleme comunicarle que ya hemos hecho seguir las páginas corregidas tanto a Alfaguara como a Sudamericana.

Sin otro particular, le saluda muy cordialmente,



Carina Pons  
/mp.

AGENCIA LITERARIA CARMEN BALCELLS, S. A.

Diagonal, 580  
08021 Barcelona-España

Tels. 200 85 65 - 200 89 33  
Télex 50459 COPY E  
Télex 50936 KOPI E  
FAX 200 70 41  
Telegrams: "Copyright"

oficio de edición:  
cuadro 8, 12, 1 1/2,  
sin cabecera de numeración.  
poniendo en mayúsculas  
las letras y con P. H. O. P. D.  
las letras de cabecera.

Ellegir entre: poner a doble  
espacio en cuadro 12, o seguir  
a 1 1/2 en cuadro 8, como  
he visto. es posible con la  
corta el El Tema es.

OBSERVACIONES Y ANOTACIONES PARA LA REESCRITURA

Quitar en el manuscrito el comentario de que los asesinos se equivocarán de camino. Al contrario, su llegada está próxima y esto debe verse claramente durante la boda.

Embrión de variante para el final:

Mientras escribo estas últimas líneas, observo la furia en el polvo que levantan las explosiones, y la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna que avanza desde abajo. Hay un sitio preciso, entre los dos cerros que tengo enfrente, por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, están ahí mismo, como si el lugar las determinara. Son las mismas que llegaron a Lumbreras.

Es posible que cuando estas memorias hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Habrá centenares de hombres corriendo en diagonal, entregados al asesinato y al saqueo. Destrozarán los muñecos, degollando en ellos a los vivos y a los muertos. Centenares de Sietemesinos apuntarán sus armas contra Fábulo, todas hacia un mismo corazón. Acaso, y ésa es nuestra esperanza, sobrevivamos en este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia.

Si la novela comienza, como parece que es conveniente, con el episodio de la matanza en Lumbreras, la continuidad, para poder insertar la presentación del narrador, podría ser lo siguiente:

Con lo que acabo de narrar, comienzan los hechos que Fábulo Vega puso en mi memoria la primera vez que bajé a Minas Altas desde el refugio cordillerano donde escribo. He comenzado la historia de nuestro pueblo de acuerdo con sus instrucciones, contando la matanza de la que todos nosotros procedemos. Ahora es necesario, antes de continuar, decir por qué estoy aquí, para una cabal comprensión del manuscrito.

D add: lo y - pensaba voy sobre  
destrucción. la vida es un templo. la muerte  
lo penetra. en minas altas, desuenda al sol,  
es como ese templo del cuerpo destructible.



Releo lo escrito, y es como si escuchara las palabras y lo que ellas cuentan, seguramente a causa de la intensidad del silencio y de la elevación de este cerro. A más de cinco mil metros de altura, las mulas andinas, ,,(etc.),

(Nota): ESTE PARRAFO SERIA EL COMIENZO DE "INTENSIDADES", LUEGO VENDRIA EL ANTERIOR, Y ENSEGUIDA LO DE LAS MULAS A CINCO MIL METROS DE ALTURA, DE TODOS MODOS, VER,

La otra opción, si resuelvo comenzar con la matanza de Lumbreras, es continuar con "Intensidades" sin explicar nada, y meter la explicación no al comienzo de Intensidades sino donde convenga,

Suprimir el índice mencionando las "gotas", poner solamente los capítulos. Además, la "gota" referida a la escritura por goteo se ha suprimido,

Después de imprimir y leer los dos primeros capítulos primeros, que sólo tienen ahora veintidós páginas en total, me inclino por empezar la novela por el capítulo "Intensidades", que tiene su propio gancho en el lenguaje,

Ver la posibilidad de que la carta a Nebrija sea el final de la novela

Para LIBRO DE CAMINOS Y DE REINOS Desmitificar a mi país a la luz del exilio, las mentiras que nos contaron, vernos tal como somos para arrancar con una verdad. Limpiar la pampa, al final quedará de todo eso una pampa lisa y limpia con el indio Patoruzú en el medio. La experiencia del exilio nos permite vernos tal como somos y no como creíamos,



Bso 12  
int. 1/2  
35 líneas por pag.  
Total: 4 pag + 10 líneas

#### Confusión de madre selvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancia y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecíamos al manuscrito. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos. Como salidos de los papeles escritos para acabar la historia según propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del que puso los hechos en palabras. No se trataba, como sospeché al principio en mi aturdimiento, de la última función del titiritero rescatando el pasado. Eramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando por fin en el futuro antes de la posible destrucción de Minas Altas, recordada por las explosiones que, acabada la fiesta, perdieron su condición de sonidos incorporados recobrando su intención asesina.

El hombre que había visto pasar con un cóndor ensangrentado vino a saludarme; sin poder levantar bien la cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía más próximo; no sé si eran por sus crímenes o por estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndores.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Saludando a aquella multitud que ya había visto vivir en los muffedos y aparecer después en las palabras, vi la boca de Effe manchada de azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándose al talle, al arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no dejar de cantar y de tocar me saludaban con gestos.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan.

En eso se acercó la alta figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Pero si a usted le gusta llamarme así, puede hacerlo. Si, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y el astrónomo que me regaló el cometa. Saldre de aquí mañana, o pasado a más tardar, llevándome sus papeles. De modo que si quiere completar la historia ponga lo que haré, según instrucciones de Fábulo que cumpliré fielmente;

Salí por uno de esos pasos del sur que sólo yo conozco, sin que pudieran verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, aceptaba por fin la horizontalidad marina. Diga que allí me recibieron unos hombres que hablaban nuestra lengua, a quienes entregué nuestra historia medio disimulada entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro iban las instrucciones para que los astrónomos muleros del otro lado apartasen las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos le entregasen el manuscrito, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia para permanecer con ella por lo menos en el tiempo, si es que finalmente han de quitarnos el espacio.

La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que

quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al quedarse dormido dejó caer el tubo; luego se fue sin recogerlo. El Último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no hubo necesidad de colgar tantos espejos para hacer entrar las madreselvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las sugerencias de los caracoles de respetar la naturaleza.

No sé quién soy, ni quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían al piano en la galería. Te contaré una historia cada noche, dijo ella trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese mueble tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo; me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme otro espejo?

Las madreselvas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté la almohada y vi el embozo de las sábanas. ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira soltándose el peinado alto, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias. ¿Para qué preocuparte, si nunca dejaste de ser el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver, tendrá que hacerlo sola. Yo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.



Cuando ya no hubo dónde poner más madreseivas de espejos ella dijo: voy a desvestirme en la otra habitación; me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo. Veía cómo las madreseivas virtuales se desplazaban con el sol. Sentía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era él quien estaba al otro lado, oscuro, de mi girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en volver a convertirla en voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió, desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era entonces la virtualidad del cantor, como las madreseivas de los espejos, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madreseivas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que ella daba tres golpecitos en la pared, exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

Mientras escribo apresurado estas últimas líneas (los pasos de I y de Fábulo suenan nerviosos por la galería), observo la furia en el polvo que levantan las explosiones, y siento la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna que avanza desde abajo. Minas Altas, en la mitad de esta mañana limpia, está desnuda al sol, como un cuerpo viviente. Entre los dos cerros que tengo enfrente hay un sitio preciso por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, de alguna manera ya están ahí, oblicuos y sesgantes. Son los mismos que llegaron a Lumbreras en una mañana como ésta.

Hoy mismo comenzará el éxodo de mujeres y de niños. Hay un proyecto de resistencia, de dudosa eficacia; es muy difícil luchar contra los asesinos

con técnicas de astrónomos y músicos, aplicadas por hombres que sólo saben enlazar los objetos que traen las crecientes,

Es posible que cuando estas memorias hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Centenares de hombres cruzarán en diagonal su río seco, pisotearán sus girasoles, se llevarán los relicarios, romperán los espejos, destrozarán uno por uno los muñecos. Centenares de Sietemesinos orientarán sus armas contra Fábulo, buscando todas un solo corazón para borrar, con él, todo lo que fuimos. Nuestra esperanza es sobrevivir en este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia,

## Confusión de madre selvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron, Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancia y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecíamos al manuscrito. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos. Como salidos de los papeles escritos para acabar la historia según propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del que puso los hechos en palabras. No se trataba, como sospeché al principio en mi aturdimiento, de la última función del titiritero rescatando el pasado. Eramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando por fin en el futuro antes de la posible destrucción de Minas Altas, recordada por las explosiones que, acabada la fiesta, perdieron su condición de sonidos incorporados recobrando su intención asesina.

El hombre que había visto pasar con un cóndor ensangrentado vino a saludarme; sin poder levantar bien la cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía más próximo; no sé si eran por sus crímenes o por estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndores.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Saludando a aquella multitud que ya había visto vivir en los muñecos y aparecer después en las palabras, vi la boca de Effe manchada de azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándoselo al talle, al arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta, Y músicos y músicos, que por no dejar de cantar y de tocar me saludaban con gestos.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan.

En eso se acercó la alta figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Pero si a usted le gusta llamarme así, puede hacerlo. Sí, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y el astrónomo que me regaló el cometa. Saldré de aquí mañana, o pasado a más tardar, llevándome sus



papeles. De modo que si quiere completar la historia ponga lo que haré , según instrucciones de Fábulo que cumpliré fielmente:

Salí por uno de esos pasos del sur que sólo yo conozco, sin que pudieran verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, aceptaba por fin la horizontalidad marina. Diga que allí me recibieron unos hombres que hablaban nuestra lengua, a quienes entregué nuestra historia medio disimulada entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro iban las instrucciones para que los astrónomos muleros del otro lado apartasen las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos le entregasen el manuscrito, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia para permanecer con ella por lo menos en el tiempo, si es que finalmente han de quitarnos el espacio.

La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al quedarse dormido dejó caer el tubo; luego se fue sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no hubo necesidad de colgar tantos espejos para hacer entrar las madreselvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las sugerencias de los caracoles de respetar la naturaleza.

No sé quién soy, ni quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían al piano en la galería. Te contaré una historia cada noche, dijo ella trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese mueble tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo; me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme otro espejo?

Las madreselvas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté la almohada y vi el embozo de las sábanas. ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira soltándose el peinado alto, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias. ¿Para qué preocuparte, si nunca dejaste de ser el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver, tendrá que hacerlo sola. Yo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.

Cuando ya no hubo dónde poner más madreselvas de espejos ella dijo; voy a desvestirme en la otra habitación; me da un poco de vergüenza hacerlo aquí

delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo. Veía cómo las madreselvas virtuales se desplazaban con el sol. Sentía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era él quien estaba al otro lado, oscuro, de mi girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en volver a convertirla en voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió, desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era entonces la virtualidad del cantor, como las madreselvas de los espejos, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madreselvas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que ella daba tres golpecitos en la pared, exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

Mientras escribo apresurado estas últimas líneas (los pasos de I y de Fábulo suenan nerviosos por la galería), observo la furia en el polvo que levantan las explosiones, y siento la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna que avanza desde abajo. Minas Altas, en la mitad de esta mañana limpia, está desnuda al sol, como un cuerpo viviente. Entre los dos cerros que tengo enfrente hay un sitio preciso por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, de alguna manera ya están ahí, oblicuos y sesgantes. Son los mismos que llegaron a Lumbreras en una mañana como ésta.

Hoy mismo comenzará el éxodo de mujeres y de niños. Hay un proyecto de resistencia, de dudosa eficacia; es muy difícil luchar contra los asesinos con técnicas de astrónomos y músicos, aplicadas por hombres que sólo saben enlazar los objetos que traen las crecientes.

Es posible que cuando estas memorias hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Centenares de hombres cruzarán en diagonal su río seco, pisotearán sus girasoles, se llevarán los relicarios, romperán los espejos, destrozarán uno por uno los muñecos. Centenares de Sietemesinos orientarán sus armas contra Fábulo, buscando todas un solo corazón para borrar, con él, todo lo que fuimos. Nuestra esperanza es sobrevivir en este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia.



11:11  
1  
Beso &  
Inbol 1 1/2  
3 1/2 líneas por pag.  
Total: 5 pag. y 2 líneas

### Confusión de madreselvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancia y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecíamos al manuscrito. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos. Como salidos de los papeles escritos para acabar la historia según propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del que puso los hechos en palabras. No se trataba, como sospeché al principio en mi aturdimiento, de la última función del titiritero rescatando el pasado. Eramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando por fin en el futuro antes de la posible destrucción de Minas Altas, recordada por las explosiones que, acabada la fiesta, perdieron su condición de sonidos incorporados recobrando su intención asesina.

El hombre que había visto pasar con un cóndor ensangrentado vino a saludarme; sin poder levantar bien la



cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía más próximo; no sé si eran por sus crímenes o por estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndores.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Saludando a aquella multitud que ya había visto vivir en los muñecos y aparecer después en las palabras, vi la boca de Effe manchada de azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándoselo al talle, al arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no dejar de cantar y de tocar me saludaban con gestos.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan.

En eso se acercó la alta figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Pero si a usted le gusta llamarme así, puede hacerlo. Sí, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y el astrónomo que me regaló el cometa. Saldré de aquí mañana, o pasado a más tardar, llevándome sus papeles. De modo que si quiere completar la historia ponga lo que haré, según instrucciones de Fábulo que cumpliré fielmente;

Salí por uno de esos pasos del sur que sólo yo conozco, sin que pudieran verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, aceptaba por fin la horizontalidad marina. Diga que allí me recibieron unos hombres que hablaban nuestra lengua, a quienes entregué nuestra historia medio disimulada entre las

planillas de medir los vientos. Ahí dentro iban las instrucciones para que los astrónomos muleros del otro lado apartasen las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos le entregasen el manuscrito, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia para permanecer con ella por lo menos en el tiempo, si es que finalmente han de quitarnos el espacio.

La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al quedarse dormido dejó caer el tubo; luego se fue sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no hubo necesidad de colgar tantos espejos para hacer entrar las madreselvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las sugerencias de los caracoles de respetar la naturaleza.

No sé quién soy, ni quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían al piano en la galería. Te contaré una historia cada noche, dijo ella trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese mueble tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo; me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme otro espejo?



Las madreselvas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté la almohada y vi el embozo de las sábanas. ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira soltándose el peinado alto, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias. ¿Para qué preocuparte, si nunca dejaste de ser el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver, tendrá que hacerlo sola. Yo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.

Cuando ya no hubo dónde poner más madreselvas de espejos ella dijo; voy a desvestirme en la otra habitación; me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo. Veía cómo las madreselvas virtuales se desplazaban con el sol. Sentía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era él quien estaba al otro lado, oscuro, de mi girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en volver a convertirla en voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió,



desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era entonces la virtualidad del cantor, como las madre selvas de los espejos, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madre selvas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que ella daba tres golpecitos en la pared, exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

Mientras escribo apresurado estas últimas líneas (los pasos de I y de Fábulo suenan nerviosos por la galería), observo la furia en el polvo que levantan las explosiones, y siento la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna que avanza desde abajo. Minas Altas, en la mitad de esta mañana limpia, está desnuda al sol, como un cuerpo viviente. Entre los dos cerros que tengo enfrente hay un sitio preciso por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, de alguna manera ya están ahí, oblicuos y sesgantes. Son los mismos que llegaron a Lumbreras en una mañana como ésta.

Hoy mismo comenzará el éxodo de mujeres y de niños. Hay un proyecto de resistencia, de dudosa eficacia: es muy difícil luchar contra los asesinos con técnicas de astrónomos y músicos, aplicadas por hombres que sólo saben enlazar los objetos que traen las crecientes.

Es posible que cuando estas memorias hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Centenares de hombres cruzarán en diagonal su río seco, pisotearán sus girasoles, se llevarán los relicarios, romperán los espejos, destrozarán uno por uno los muñecos. Centenares de Sietemesinos orientarán sus armas contra Fábulo, buscando todas un solo corazón para borrar, con él, todo lo que fuimos. Nuestra esperanza es sobrevivir en

este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia.

### Confusión de madre selvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancia y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecíamos al manuscrito. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos. Como salidos de los papeles escritos para acabar la historia según propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del que puso los hechos en palabras. No se trataba, como sospeché al principio en mi aturdimiento, de la última función del titiritero rescatando el pasado. Eramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando por fin en el futuro antes de la posible destrucción de Minas Altas, recordada por las explosiones que, acabada la fiesta, perdieron su condición de sonidos incorporados recobrando su intención asesina.

El hombre que había visto pasar con un cóndor ensangrentado vino a saludarme; sin poder levantar bien la cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía más próximo; no sé si eran por sus crímenes o por estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndores.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Saludando a aquella multitud que ya había visto vivir en los muñecos y aparecer después en las palabras, vi la boca de Effe manchada de azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándose al talle, al arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no dejar de cantar y de tocar me saludaban con gestos.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de



Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan,

En eso se acercó la alta figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Pero si a usted le gusta llamarme así, puede hacerlo. Si, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y el astrónomo que me regaló el cometa. Saldré de aquí mañana, o pasado a más tardar, llevándome sus papeles. De modo que si quiere completar la historia ponga lo que haré, según instrucciones de Fábulo que cumpliré fielmente;

Salí por uno de esos pasos del sur que sólo yo conozco, sin que pudieran verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, aceptaba por fin la horizontalidad marina. Diga que allí me recibieron unos hombres que hablaban nuestra lengua, a quienes entregué nuestra historia medio disimulada entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro iban las instrucciones para que los astrónomos muleros del otro lado apartasen las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos le entregasen el manuscrito, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia para permanecer con ella por lo menos en el tiempo, si es que finalmente han de quitarnos el espacio.

La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al quedarse dormido dejó caer el tubo; luego se fue sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no hubo necesidad de colgar tantos espejos para hacer entrar las madreselvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las sugerencias de los caracoles de respetar la naturaleza.

No sé quién soy, ni quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían al piano en la galería. Te contaré una historia cada noche, dijo ella trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese mueble tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo: me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo

sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche, ¿Podrías alcanzarme otro espejo?

Las madresevas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté la almohada y vi el embozo de las sábanas, ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira soltándose el peinado alto, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias, ¿Para qué preocuparte, si nunca dejaste de ser el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver, tendrá que hacerlo sola. Yo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.

Cuando ya no hubo dónde poner más madresevas de espejos ella dijo; voy a desvestirme en la otra habitación; me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo. Veía cómo las madresevas virtuales se desplazaban con el sol. Sentía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era él quien estaba al otro lado, oscuro, de mi girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en volver a convertirla en voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió, desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era entonces la virtualidad del cantor, como las madresevas de los espejos, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madresevas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que ella daba tres golpecitos en la pared, exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

Mientras escribo apresurado estas últimas líneas (los pasos de I y de Fábulo suenan nerviosos por la galería), observo la furia en el polvo que levantan las explosiones, y



siento la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna que avanza desde abajo. Minas Altas, en la mitad de esta mañana limpia, está desnuda al sol, como un cuerpo viviente. Entre los dos cerros que tengo enfrente hay un sitio preciso por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, de alguna manera ya están ahí, oblicuos y sesgantes. Son los mismos que llegaron a Lumbreras en una mañana como ésta.

Hoy mismo comenzará el éxodo de mujeres y de niños. Hay un proyecto de resistencia, de dudosa eficacia; es muy difícil luchar contra los asesinos con técnicas de astrónomos y músicos, aplicadas por hombres que sólo saben enlazar los objetos que traen las crecientes.

Es posible que cuando estas memoñas hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Centenares de hombres cruzarán en diagonal su río seco, pisotearán sus girasoles, se llevarán los relicarios, romperán los espejos, destrozarán uno por uno los mufecos. Centenares de Sietemesinos orientarán sus armas contra Fábulo, buscando todas un solo corazón para borrar, con él, todo lo que fuimos. Nuestra esperanza es sobrevivir en este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia.



Paso 8  
interlineos 2  
26 líneas por pas.  
Total: 6 pas + 20 líneas (203/2)

#### Confusión de madre selvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancia y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecíamos al manuscrito. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos. Como salidos de los papeles escritos para acabar la historia según propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del que puso los hechos en palabras. No se trataba, como sospeché al principio en mi aturdimiento, de la última función del titiritero

rescatando el pasado, Eramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando por fin en el futuro antes de la posible destrucción de Minas Altas, recordada por las explosiones que, acabada la fiesta, perdieron su condición de sonidos incorporados recobrando su intención asesina.

El hombre que había visto pasar con un cóndor ensangrentado vino a saludarme; sin poder levantar bien la cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía más próximo; no sé si eran por sus crímenes o por estar muy viejo; alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndores.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Saludando a aquella multitud que ya había visto vivir en los muñecos y aparecer después en las palabras, vi la boca de Effe manchada de azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándoselo al talle, al arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no dejar de cantar y de tocar me saludaban con gestos.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan.

En eso se acercó la alta figura del mulero, Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Pero si a usted le gusta llamarme así, puede hacerlo. Sí, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y el astrónomo que me regaló el cometa. Saldré de aquí mañana, o pasado a más tardar, llevándome sus papeles. De modo que si quiere completar la historia ponga lo que haré , según instrucciones de Fábulo que cumpliré fielmente;

Salí por uno de esos pasos del sur que sólo yo conozco, sin que pudieran verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas, mientras mi mula, que puede ser la Mansa si usted quiere, aceptaba por fin la horizontalidad marina. Diga que allí me recibieron unos hombres que hablaban nuestra lengua, a quienes entregué nuestra historia medio disimulada entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro iban las instrucciones para que los astrónomos muleros del otro lado apartasen las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos le entregasen el manuscrito, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia para permanecer con ella por lo menos en el tiempo, si es que finalmente han de quitarnos el espacio.



La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al quedarse dormido dejó caer el tubo; luego se fue sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no hubo necesidad de colgar tantos espejos para hacer entrar las madreselvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las sugerencias de los caracoles de respetar la naturaleza.

No sé quién soy, ni quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían al piano en la galería. Te contaré una historia cada noche, dijo ella trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese mueble tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo; me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme otro espejo?

Las madreselvas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté la almohada y vi el embozo de las sábanas, ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira soltándose el peinado alto, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias. ¿Para qué preocuparte, si nunca dejaste de ser el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver, tendrá que hacerlo sola. Yo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.

Quando ya no hubo dónde poner más madreselvas de espejos ella dijo: voy a desvestirme en la otra habitación; me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo. Veía cómo las madreselvas virtuales se desplazaban con el

sol. Sentía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era él quien estaba al otro lado, oscuro, de mi girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en volver a convertirla en voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió, desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era entonces la virtualidad del cantor, como las madreseivas de los espejos, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madreseivas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que ella daba tres golpecitos en la pared, exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

Mientras escribo apresurado estas últimas líneas (los pasos de I y de Fábulo suenan nerviosos por la galería), observo la furia en el polvo que levantan las explosiones, y siento la proximidad de los asesinos en el pánico de la fauna



que avanza desde abajo. Minas Altas, en la mitad de esta mañana limpia, está desnuda al sol, como un cuerpo viviente. Entre los dos cerros que tengo enfrente hay un sitio preciso por donde ellos llegarán. Puedo intuir sus formas, de alguna manera ya están ahí, oblicuos y sesgantes. Son los mismos que llegaron a Lumbreras en una mañana como ésta.

Hoy mismo comenzará el éxodo de mujeres y de niños. Hay un proyecto de resistencia, de dudosa eficacia; es muy difícil luchar contra los asesinos con técnicas de astrónomos y músicos, aplicadas por hombres que sólo saben enlazar los objetos que traen las crecientes.

Es posible que cuando estas memorias hayan cruzado el mar, Minas Altas ya no exista. Centenares de hombres cruzarán en diagonal su río seco, pisotearán sus girasoles, se llevarán los relicarios, romperán los espejos, destrozarán uno por uno los muñecos. Centenares de Sietemesinos orientarán sus armas contra Fábulo, buscando todas un solo corazón para borrar, con él, todo lo que fuimos. Nuestra esperanza es sobrevivir en este manuscrito, de la misma manera que un niño recién engendrado se salvó en Lumbreras para contar la historia.

## Informe para Carmen

El tema de esta novela es la búsqueda de un pasado o de una verdad, y también de una identidad, en relación con América Latina, mediante el uso de la palabra.

En Minas Altas, un pueblo perdido en la cordillera de los Andes, Fábulo Vega, astrónomo, titiritero, y finalmente una especie de brujo, ha modelado en sus muñecos a los personajes principales de la pequeña colectividad, hasta obtener una especie de réplica de ella. Recorriendo pueblos cordilleranos ha divulgado, mediante las representaciones teatrales de sus muñecos, la historia de Minas Altas, sucesivamente invadida y arrasada por los poderosos. Ante el peligro de una nueva invasión, que implicaría la destrucción de sus muñecos, y con ellos la de la memoria colectiva, resuelve pasarla a otro código menos vulnerable, las palabras escritas, mediante la redacción de un manuscrito.

Para ello elige a uno de los principales protagonistas de los hechos, a quien, mediante artes hipnóticas, despoja de su memoria a fin de que nada perturbe su tarea, y lo aísla en un refugio de la alta cordillera, con un diccionario y una Gramática. El personaje, paralelamente, se ocupa allá arriba de medir los vientos y anotar su comportamiento en unas planillas, que mes a mes lleva a Minas Altas, donde asiste a las representaciones de los muñecos de Fábulo, que luego en su refugio pasará a las palabras. El manuscrito elaborado por este personaje es el cuerpo de la novela.

El narrador cuenta las historias que le va pasando Fábulo con sus muñecos, y también su propia peripecia; su deslumbramiento ante las palabras, el nacimiento de una nueva memoria, un amor con una muchacha llamada Céfira, y su visión del mundo y de la vida a medida que va conociendo la realidad transmitida por los muñecos del titiritero.

La historia que el narrador está pasando a las palabras comienza cuando una mujer innominada, sobreviviente de una matanza llevada a cabo en

Lumbreras por un poderoso señor llamado el Sietemesino, llega a Minas Altas a parir. El Sietemesino le ha degollado un niño de pocos meses, y su marido ha sido asesinado. Los astrónomos velan el nacimiento del nuevo hijo, pero son incapaces de detectar la presencia fantasmal del Sietemesino, que en la metáfora de Fábulo persigue a la mujer y al niño dentro de un insomnio o pesadilla, convertido en un insecto que luego, mientras crezca el niño, sufrirá diversas metamorfosis recorriendo la escala zoológica, en la tierra, en el aire, en el fondo del mar.

La mujer, tras amamantar a su hijo, abandona Minas Altas y desaparece para siempre. El niño es llamado Eme (casi todos los habitantes tienen allí nombres de letras) y adoptado por un tal Jotazeta Calderón, padre de una niña llamada Emebé. Eme logra crecer, eludiendo los ataques del Sietemesino metamorfoseado, y pronto se revela músico, poseedor de una voz tan bella que no parece de este mundo. Jotazeta, temeroso de que la noticia de esa voz trascienda, salga de Minas Altas y llegando a conocimiento de los poderosos se convierta en un objeto de persecución, cría semiculto a Eme.

De Lumbreras, lo único que ha quedado es el comienzo de una canción inconclusa donde se menciona a un gallo blanco que picoteaba en el suelo la sangre del niño degollado. Esta canción se convierte en las señas de identidad de Minas Altas, en el arranque de su historia, en su verdad primera, que es necesario rescatar y fijar en la memoria.

Cuando Eme, ya conocido como el Cantor, cumple veinte años, una de las ancianas que fuera testigo de su alumbramiento le entrega un cofre donde se guardan indicios de Lumbreras, de su hermano y de su padre, el delantal que usara su madre para amamantarlo. El cantor, que está prometido con Emebé, resuelve hacer un viaje iniciático, antes de casarse, en busca de los hechos desconocidos que permitan concluir la canción del gallo blanco, fijar a Minas Altas en el tiempo, con un pasado recobrado que haga posible su proyección hacia el futuro. Y parte en busca de Lumbreras.

A través de la radio a pilas de Uve, una costurera encargada del ajuar de Emebé, llega a Minas Altas, como caído del cielo, el sonido de un instrumento musical desconocido. Los músicos, por la música escuchada, deducen su forma y lo dibujan. El marido de Uve, un arriero llamado I, les revela que se trata de un piano, un instrumento que él ha visto y oído en sus frecuentes viajes a las ciudades que están junto al océano Pacífico, al



otro lado de los Andes, Jotazeta diseña, tras una difícil búsqueda, un artefacto capaz de traer un piano a Minas Altas, a lomo de mula, atravesando la cordillera. Cuando regrese el Cantor, con la canción del gallo blanco rescatada y concluida, la grabarán para siempre en su memoria musical y allí quedará protegida del olvido.

El arriero I, con el astrónomo Tau y el joven músico Decé, serán los protagonistas de la hazaña de atravesar el piano por la cordillera, especie de epopeya de Minas Altas en los relatos de Fábulo, acompañados por un cometa mitológico.

Mientras tanto el Cantor, con un grupo de músicos que se le han ido sumando en el camino, sufre una serie de peripecias que revelan el mundo al que pertenece Minas Altas, la complejidad y la magia de la realidad latinoamericana, y llega al lugar donde alguna vez existió Lumbreras, ya casi enteramente tapada por los médanos del desierto. Allí desciende a la tumba donde su madre guardó los cuerpos de su marido y del niño degollado y objetos personales identificatorios, entre ellos una cajita de música cuya melodía completará el tema musical de la canción del gallo blanco.

Tras el rescate, descubren en un pueblo próximo la existencia del Sietemesino, un venerable anciano condecorado con miles de títulos y medallas, que vive en un palacio construido con el producto de sus saqueos, acosado por el insomnio o pesadilla que lo ha llevado hasta el fondo del mar en busca del hermano de aquel niño que degolló. Los músicos resuelven eliminarlo, Eme se niega a participar en la acción.

Mientras el Cantor, en el laboratorio de un fotógrafo que conserva los negativos de casi todos los que fueran pobladores de Lumbreras (fotos de casamientos y de niños recién nacidos), elige los retratos de una madre y de un padre posibles, sus compañeros se introducen en el palacio del Sietemesino y ofrecen una serenata, a la que éste accede. Poco a poco lo van acorralando con su música, y cuando han vencido sus resistencias tocan para él la canción del gallo blanco, que desencadena sus remordimientos y lo envuelve en una tristeza final que le provoca la muerte. La noticia conmueve al mundo, y a sus funerales asisten los Sietemesinos de todos los países. Los músicos se separan en el cruce de un camino prometiéndose divulgar la canción rescatada y encontrarse alguna vez en Minas Altas. Eme

regresa a su pueblo con la canción terminada y los retratos de sus posibles padres.

En Minas Altas se han producido cambios. Jotazeta, agobiado por la espera del regreso del Cantor, y por su visión pesimista del futuro, ha sufrido una crisis de suicidio, que supera gracias a la intervención de los músicos. Emebé, por razones parecidas, ha arrojado su ajuar por la ventana y se lo ha llevado el viento. El regreso de Eme vuelve a poner las cosas en su lugar. Una crecida del río devuelve el vestido de novia de Emebé. Los músicos, que no saben tocar el piano, le extraen el arpa y graban en ella la canción definitiva que acaba de traer Eme. Allí quedará, como dormida, la historia de Minas Altas, para despertar en un tiempo futuro donde haya un poco de amor y de justicia.

Con esto, Fábulo da por terminada la historia y ordena al narrador que baje con su manuscrito terminado. A partir de ahora podrá proseguir su vida interrumpida en el momento en que lo desmemorió para que escribiera. Pero el brujo no consigue devolverle la memoria anterior, y el personaje no sabe en qué plano de la realidad se encuentra, confunde la vida real inmediata con la del manuscrito. Entonces decide llevar adelante, ahora que está libre, su proyecto de casarse con la Céfira.

Su casamiento, a cargo de los músicos de Minas Altas, se convierte en una boda-concierto, en la que también están presentes, como si se tratara de un sueño, los músicos que en el manuscrito acompañaron al Cantor hasta Lumbreras. Esto aumenta su confusión. También aparece I, a quien él considera un personaje del pasado, diciéndole que llevará su manuscrito hasta el mar para que desde allí salga a recorrer el mundo con la historia de Minas Altas, llevando de paso una carta de agradecimiento al autor de la Gramática que le ha permitido escribir la historia, un tal don Antonio de Nebrija.

Concluida la boda, el encuentro nupcial descubre la verdadera identidad de la Céfira y la del narrador. Éste acepta los hechos sin poder reconocerlos, pero con ellos inicia la recuperación gradual de su memoria perdida.

He procurado estructurar esta novela musicalmente, teniendo como punto de mira las "Variaciones Goldberg" de J.S.Bach. Los elementos utilizados como "tema" son un piano, un cometa, una canción, un vestido de novia,



algunas pocas cosas más. Las reiteraciones que hay de ellas, intentan ser, musicalmente hablando, variaciones, inversión de acordes, y así deben ser entendidas para una comprensión o percepción cabal del texto. La presencia masiva de músicos en la novela tiene mucho que ver con esto. En ese sentido, el título que tiene de momento, "Memorias de un olvido", no me convence todavía, aunque define bastante bien su contenido. Pienso que "Tres golpes de timbal" sería más adecuado, ayudaría un poco a la percepción o asimilación de su estructura.

Debo añadir algo sobre su escritura. He intentado un castellano libre de giros que permitieran ubicar los hechos, por el lenguaje utilizado, en un país determinado de América Latina, porque mi propósito ha sido hablar de ella como unidad continental. También he querido, partiendo del deslumbramiento del narrador ante las palabras cedidas por Nebrija, ahondar en las percepciones, deteniéndome en los aspectos aparentemente ínfimos de la realidad percibida y narrada, por entender que éstos podían llevarme a revelaciones profundas.

Es posible que al primer capítulo, tal como está ahora, le falte "gancho", por haber tenido que suprimirle partes que estaban relacionadas con un capítulo que tuve que quitar por no estar conforme con su escritura. Lo reescribiré (me refiero al primer capítulo), para que se enlace más naturalmente con el resto. Pero no modificaré el resto de la novela, salvo en cuestiones estilísticas. Sobre eso debo decir que algunas veces, por ejemplo, la palabra nube se repite por descuido; otras, porque es una "inversión de acorde", es decir, se trata de la misma nube, pero en otra actitud.

Y bueno, Carmen, creo que esto es todo lo que te puedo decir por ahora sobre esta novela. A partir de hoy, 16 de noviembre, empezaré a pasarla otra vez en limpio, tarea que había ya previsto, y espero enviarte los originales definitivos a mediados de enero.

Un fuerte abrazo y hasta pronto.

Daniel



Borrar texto, dejar la  
plantilla.

## Memorias de un olvido

Esta novela se desarrolla en la época actual, en Minas Altas, un pueblo perdido de la cordillera de los Andes, en cualquier país de América Latina, habitado por gente que huyendo de la violencia generada por una guerra interminable, busca allí su supervivencia y libertad. Minas Altas ha sido perseguida y arrasada muchas veces en el tiempo, pero ha logrado subsistir, con otros nombres y en otros lugares, saltando desde el Llano hasta la Cordillera.

Fábulo Vega, titiritero y astrónomo, especie de patriarca, guarda la memoria o historia del pueblo en sus muñecos. Ante la amenaza de una nueva invasión y el peligro de que sus muñecos resulten destruidos (y con ellos la memoria de Minas Altas), resuelve ponerla en palabras, a las que considera indestructibles.

Para ello se vale de un escritor, a quien consigue desmemorar mediante una especie de hipnosis. Olvidado de sí mismo, sólo tendrá memoria para los hechos que representará Fábulo con sus títeres, que pasará a las palabras escritas aislado en un refugio de la alta cordillera. Una vez al mes, el escritor baja al pueblo a ver nuevas representaciones, con las que el titiritero va desarrollando la historia de Minas Altas. Allí "conoce" a una mujer, con la que vive una historia de amor, que él incorpora a su manuscrito.

El tema central de esta novela es la búsqueda de un pasado, que Fábulo intuye necesario para que su pueblo pueda proyectarse hacia el futuro. La historia arranca con la matanza y saqueo de Lumbreras, una población del llano, especie de origen o prehistoria de Minas Altas. Allí el Sietemesino,

jefe de los invasores, degüella un niño de meses, cuya sangre picotea un gallo blanco. Este hecho da origen a una canción, inconclusa, que funciona como la seña de identidad del pueblo. La madre del niño, que está embarazada, va a tener su nuevo hijo a Minas Altas. Su marido ha muerto en la matanza. El Sietemesino sufre una especie de insomnio o pesadilla, dentro de la cual, convertido en diferentes especies zoológicas, persigue al niño intentando darle muerte. La mujer amamanta unos meses a su hijito, luego abandona el poblado y desaparece para siempre.

Minas Altas, recostada en una pendiente de la cordillera, se compone de dos hileras de casas a orillas de un río seco que funciona como calle única, y tiene sólo tres tipos de pobladores. En la parte baja viven los enlazadores, encargados de recoger los objetos que cada año arrastra el río cuando crece; la alta está habitada por astrónomos, que a la vez son arrieros o muleros; en el medio viven los músicos, cuyo oficio está a mitad de camino entre las habilidades de un enlazador y las especulaciones de un astrónomo. Salvo algunas excepciones, sus habitantes tienen nombres de letras.

El enlazador Jotazeta Calderón, padre de una niña llamada Emebé, adopta al recién nacido, a quien llaman Eme y luego el Cantor, por su voz maravillosa. Pese a los cuidados para que la noticia de esa voz no salga de Minas Altas, ésta trasciende. Eme ha cantado las estrofas conocidas de la "Canción del gallo blanco", que por recordar una matanza que se desea mantener en el olvido se convierte en un objeto de violencia o de guerra.

Emebé y el Cantor se ponen de novios. Antes de casarse, él inicia un largo viaje hacia Lumbreras, en busca de su pasado y de los datos necesarios para concluir la canción del gallo blanco. Mientras él se ocupa

del rescate, Jotazeta hace traer un piano desde el mar, atravesando la cordillera, destinado a guardar, en su memoria musical, la canción del gallo blanco.

El cantor, seguido por un grupo de músicos que se le unen en el camino, llega a Lumbreras y rescata su pasado y el del pueblo. Regresa a Minas Altas con la canción completa, que esconden en el arpa del piano, a salvo del incierto futuro del pueblo. Allí quedará guardada, como dormida, para despertar cuando llegue un tiempo de amor o de justicia.

Con esto el titiritero da por finalizada la historia. El narrador, o escritor, que no recupera inmediatamente su memoria perdida, cuenta su propia peripecia: su boda con la Céfira, la mujer que "conoció" al bajar por primera vez desde el refugio donde escribía. Durante la ceremonia aparecen los personajes de las historias que ha escrito, que él creía pertenecientes a un pasado remoto. Los hechos le revelan que la mujer con la que acaba de casarse es Emebé, que el ayudante de Fábulo es Jotazeta, y que él es el Cantor.

Un mulero, el mismo que trajo el piano, se lleva el manuscrito al mar, para que desde allí comience a recorrer el mundo haciendo conocer la historia de Minas Altas, y de esa forma salvarla del olvido.



## Memorias de un olvido

Esta novela se desarrolla en la época actual, en Minas Altas, un pueblo perdido de la cordillera de los Andes, en cualquier país de América Latina, habitado por gente que huyendo de la violencia generada por una guerra interminable, busca allí su supervivencia y libertad. Minas Altas ha sido perseguida y arrasada muchas veces en el tiempo, pero ha logrado subsistir, con otros nombres y en otros lugares, saltando desde el Llano hasta la Cordillera.

Fábulo Vega, titiritero y astrónomo, especie de patriarca, guarda la memoria o historia del pueblo en sus muñecos. Ante la amenaza de una nueva asión y el peligro de que sus muñecos resulten destruidos (y con ellos la memoria de Minas Altas), resuelve ponerla en palabras, a las que considera indestructibles.

Para ello se vale de un escribidor, a quien consigue desmemorar mediante una especie de hipnosis. Olvidado de sí mismo, sólo tendrá memoria para los hechos que representará Fábulo con sus títeres, que pasará a las palabras escritas aislado en un refugio de la alta cordillera.

Una vez al mes, el escribidor baja al pueblo a ver nuevas representaciones, con las que el titiritero va desarrollando la historia de Minas Altas. Allí "conoce" a una mujer, con la que vive una historia de amor, que él incorpora a su manuscrito.

El tema central de esta novela es la búsqueda de un pasado, que Fábulo intuye necesario para que su pueblo pueda proyectarse hacia el futuro. La historia arranca con la matanza y saqueo de Lumbreras, una población del llano, especie de origen o prehistoria de Minas Altas. Allí el Sietemesino, jefe de los invasores, degüella un niño de meses, cuya sangre picotea un gallo blanco. Este hecho da origen a una canción, inconclusa, que funciona como la seña de identidad del pueblo. La madre del niño, que está embarazada, va a tener su nuevo hijo a Minas Altas. Su marido ha muerto en la matanza. El Sietemesino sufre una especie de insomnio o pesadilla, dentro de la cual, convertido en diferentes especies zoológicas, persigue al niño intentando darle muerte. La mujer amamanta unos meses a su hijito, luego abandona el poblado y desaparece para siempre.

Minas Altas, recostada en una pendiente de la cordillera, se compone de dos hileras de casas a orillas de un río seco que funciona como calle única, y tiene sólo tres tipos de pobladores. En la parte baja viven los enlazadores, encargados de recoger los objetos que cada año arrastra el río cuando crece; la alta está habitada por astrónomos, que a la vez son arrieros o muleros; en el medio viven los músicos, cuyo oficio está a mitad de camino entre las habilidades de un enlazador y las especulaciones de un astrónomo. Salvo algunas excepciones, sus habitantes tienen nombres de letras.

El enlazador Jotazeta Calderón, padre de una niña llamada Emebé, adopta al recién nacido, a quien llaman Eme y luego el Cantor, por su voz maravillosa. Pese a los cuidados para que la noticia de esa voz no salga de Minas Altas, ésta trasciende. Eme ha cantado las estrofas conocidas de la "Canción del gallo

## Memorias de un olvido

Esta novela se desarrolla en la época actual, en Minas Altas, un pueblo perdido de la cordillera de los Andes, en cualquier país de América Latina, habitado por gente que huyendo de la violencia generada por una guerra interminable, busca allí su supervivencia y libertad. Minas Altas ha sido perseguida y arrasada muchas veces en el tiempo, pero ha logrado subsistir, con otros nombres y en otros lugares, saltando desde el Llano hasta la Cordillera.

Fábulo Vega, titiritero y astrónomo, especie de patriarca, guarda la memoria o historia del pueblo en sus muñecos. Ante la amenaza de una nueva asión y el peligro de que sus muñecos resulten destruidos (y con ellos la memoria de Minas Altas), resuelve ponerla en palabras, a las que considera indestructibles.

Para ello se vale de un escritor, a quien consigue desmemorar mediante una especie de hipnosis. Olvidado de sí mismo, sólo tendrá memoria para los hechos que representará Fábulo con sus títeres, que pasará a las palabras escritas aislado en un refugio de la alta cordillera.

Una vez al mes, el escritor baja al pueblo a ver nuevas representaciones, con las que el titiritero va desarrollando la historia de Minas Altas. Allí "conoce" a una mujer, con la que vive una historia de amor, que él incorpora a su manuscrito.

El tema central de esta novela es la búsqueda de un pasado, que Fábulo intuye necesario para que su pueblo pueda proyectarse hacia el futuro. La historia arranca con la matanza y saqueo de Lumbreras, una población del llano, especie de origen o prehistoria de Minas Altas. Allí el Sietemesino, jefe de los invasores, degüella un niño de meses, cuya sangre picotea un gallo blanco. Este hecho da origen a una canción, inconclusa, que funciona como la seña de identidad del pueblo. La madre del niño, que está embarazada, va a tener su nuevo hijo a Minas Altas. Su marido ha muerto en la matanza. El Sietemesino sufre una especie de insomnio o pesadilla, dentro de la cual, convertido en diferentes especies zoológicas, persigue al niño intentando darle muerte. La mujer amamanta unos meses a su hijito, luego abandona el poblado y desaparece para siempre.

Minas Altas, recostada en una pendiente de la cordillera, se compone de dos hileras de casas a orillas de un río seco que funciona como calle única, y tiene sólo tres tipos de pobladores. En la parte baja viven los enlazadores, encargados de recoger los objetos que cada año arrastra el río cuando crece; la alta está habitada por astrónomos, que a la vez son arrieros o muleros; en el medio viven los músicos, cuyo oficio está a mitad de camino entre las habilidades de un enlazador y las especulaciones de un astrónomo. Salvo algunas excepciones, sus habitantes tienen nombres de letras.

El enlazador Jotazeta Calderón, padre de una niña llamada Emebé, adopta al recién nacido, a quien llaman Eme y luego el Cantor, por su voz maravillosa. Pese a los cuidados para que la noticia de esa voz no salga de Minas Altas,



Tío Lila  
y otros relatos de indios



